



## Capítulo 10



*La Aventura de Mariátegui*

*Nuevas Perspectivas*

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA  
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

*Cubierta:* María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

*Derechos Reservados*

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## MARIÁTEGUI, FUKUYAMA Y EL FIN DE LA HISTORIA

Jeffrey Klaiber, S. J.

Hacer una comparación entre José Carlos Mariátegui y Francis Fukuyama, autor del célebre artículo sobre el fin de la historia, parecería consistir, a primera vista, en un ensayo de contrastes, o bien, una comparación de polos opuestos. Muchos vieron en el artículo de Fukuyama, escrito en 1989, una especie de himno de alegría al triunfo del liberalismo capitalista ante al evidente fracaso del comunismo en la Unión Soviética y la Europa Oriental<sup>1</sup>. Posteriormente, Fukuyama desarrolló su pensamiento más ampliamente en su libro, *El Fin de la historia y el último hombre*<sup>2</sup>. La caída de la Unión Soviética, un hecho que ocurrió después de su artículo, sirvió para confirmar sus tesis originales. Entre este portavoz que escribe acerca de las bondades del capitalismo liberal en la última parte del siglo veinte, por un lado, y de otro, José Carlos Mariátegui, el portavoz de un nuevo socialismo en emergencia en América Latina que escribía en los años 1920, no parece haber mucho lugar para una comparación.

Sin embargo, nosotros queremos proponer que, justamente a la luz de Fukuyama, las ideas de Mariátegui vuelven a cobrar nueva

---

1 Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest* 16 (verano de 1989), 3-18. Este artículo, así como la réplica de Fukuyama a sus críticos, aparecen en *Encuentro*, Lima, Centro de Proyección Cristiana, números 56 y 58.

2 Francis Fukuyama, *El Fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Editorial Planeta, 1992. Traducido del inglés por P. Elías.

relevancia en la así llamada época postmoderna. Y Fukuyama es uno de los profetas de la postmodernidad porque no hay idea más postmoderna que la idea de que hemos llegado al fin de la historia. Aun salvaguardando las distancias que existen entre los dos, pensamos que mediante una lectura de Fukuyama se puede hacer una relectura de Mariátegui, sobre todo para ver cuál podría ser su aporte a la época postmoderna. En primer lugar, presentaremos brevemente algunas de las tesis sobresalientes de Fukuyama. En segundo lugar, señalaremos algunos puntos posibles de comparación entre los dos pensadores. En tercer lugar, volveremos a retomar las diferencias.

## FUKUYAMA Y HEGEL

En primer lugar, Fukuyama se inspira fundamentalmente en Hegel, o bien en Hegel reinterpretado por Alexandre Kojève y otros autores<sup>3</sup>. Por eso, el autor norteamericano, al celebrar el fin del comunismo, celebra en realidad, el triunfo de Hegel sobre Marx. Fukuyama afirma que la democracia liberal ha triunfado en el mundo gracias en parte al sistema capitalista y la libertad de mercado. Sin embargo, él insiste que el factor económico es sólo un factor que explica la victoria de la democracia moderna. Hay otro factor que es más importante: la lucha por el reconocimiento. Es decir, la lucha del hombre para que otros reconozcan su dignidad como ser humano con todos sus derechos. Para Fukuyama, basándose en Hegel, la lucha por el reconocimiento es el motor mismo de la historia. Los hombres desde las épocas primitivas van a la guerra, construyen imperios y levantan monumentos a sí mismos en esta búsqueda de reconocimiento. El autor, tal vez con el fin de no ser acusado de haber caído en el reduccionismo, insiste en el hecho de que «el hombre no es simplemente un animal económico»<sup>4</sup>. Por eso, el au-

---

3 Alexandre Kojève, *La Dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*, Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1971. Las ideas de Kojève sobre Hegel se desarrollaron en distintos momentos entre 1933 y 1938.

4 Fukuyama, *El Fin de la historia y el último hombre*, p. 16.

tor llega a la conclusión de que un sistema político que meramente satisface las necesidades económicas de los hombres no perdurará por mucho tiempo porque no satisface al instinto más profundo del hombre, que es el de ser reconocido. Con esta primera idea de Fukuyama (o de Hegel) podemos ver porqué puede haber una cierta aproximación entre él y Mariátegui: ninguno de los dos pretende reducir la historia a factores materiales o económicos, antes bien, los dos ven en la historia un campo de ensayo en que la voluntad humana se destaca como el motor fundamental de la historia.

En su obra, Fukuyama analiza los distintos sistemas políticos que han surgido en la época contemporánea y concluye que sólo la democracia liberal satisface plenamente a los hombres en su búsqueda de ser reconocidos. Es obvio que el fascismo y el nazismo, como todas las formas de nacionalismo extremo, fracasaron porque despreciaron la dignidad de todos aquellos que no fueran de su raza o cultura. Pero el comunismo, aunque su mensaje es más optimista y universal que el del fascismo, fracasó también, porque en su intento de borrar las distinciones sociales y crear una sociedad igualitaria, no reconoció el derecho a la libertad de los hombres. Al someter a los hombres a un sistema centralista y autoritario, de hecho aplastó la creatividad humana, y en la práctica dio origen a una sociedad con distintas clases sociales, pero sin las libertades del mundo occidental. Fukuyama reconoce los avances tecnológicos y sociales realizados por la Unión Soviética. Es más: admite que un sistema autoritario, de derecha o de izquierda, puede llegar a satisfacer las necesidades económicas básicas de los hombres. Pero los sistemas autoritarios tienen un límite impuesto por la naturaleza humana. Los hombres que viven en ellos no se sienten reconocidos y realizados humanamente, y por eso se resisten a prestar sus talentos y servicios para promover los intereses de dichos sistemas. Sólo una sociedad «abierta, creadora y liberal» es capaz de satisfacer las necesidades más profundas del hombre, que son, además de las económicas, psicológicas y espirituales. Según Fukuyama, el marxismo encontró su «Waterloo» en la época postindustrial<sup>5</sup>. En esa época la planifica-

---

5 *Ibid.*, p. 144.

ción central se convierte en un lastre que inhibe la creatividad y la flexibilidad, cualidades imprescindibles para enfrentar y solucionar los problemas que se presentan en el mundo de la cibernética y la tecnología sofisticada. Y por supuesto, la competencia libre es una parte necesaria del mundo postindustrial. La libertad presupone la competencia. La competencia a su vez debería fomentar la calidad en el trabajo, así como en todas las demás actividades humanas.

Fukuyama se inspira filosóficamente en la parábola del amo y el siervo en Hegel. Tanto el amo como el siervo exigen ser reconocidos, pero ninguno de los dos está capacitado para reconocer al otro. El siervo se siente menospreciado por el amo, y el amo no se siente satisfecho con el reconocimiento que recibe de un ser humano disminuido. El siervo logra conseguir cierto reconocimiento mediante su trabajo y su esfuerzo de mejorarse humanamente. La tensión entre el amo y el siervo se resuelve en el sistema democrático, porque el amo se convierte en el siervo y el siervo en el amo. El marxismo intentó resolver económicamente las diferencias entre los hombres, pero de hecho, política y socialmente mantuvo la estructura del amo y el siervo. Fukuyama reconoce que el estado democrático de por sí no garantiza necesariamente la realización humana. Sólo crea las condiciones y las oportunidades necesarias. Les toca a los hombres tomar la iniciativa para su propia autorrealización. En realidad, dice el autor, los hombres se realizan en las múltiples comunidades y asociaciones libres que existen por debajo del nivel del estado: en las universidades, las iglesias, las empresas, los clubes deportivos y literarios, etc.

La democracia liberal representa el fin de la historia, porque no hay otro sistema político que puede satisfacer plenamente a los hombres. En este sentido, recogiendo una idea de Kant y del propio Hegel, Fukuyama afirma que el fin de la historia es el mismo para todos los hombres. Existe, por lo tanto, una sola historia universal y una sola meta para todos. La ciencia moderna tiende a uniformizar a las culturas del mundo, y la democracia moderna complementa este proceso. La democracia moderna se basa en la igualdad de todos los hombres, por encima de las diferencias religiosas, raciales, culturales y sociales. En la medida en que los hombres logren forjar

democracias modernas, también derrumbarán las barreras que históricamente los separaban en grupos antagónicos. Y en el futuro, cuando la democracia liberal reine en todo el mundo, ya no habrá diferentes sistemas ideológicos en competencia. Y por lo tanto, ya no habrá más «historia», porque la historia consiste en la competencia entre grupos antagónicos.

Fukuyama, que podría haber sido acusado de ser un etnocentrista del primer mundo, toma no obstante en cuenta la existencia y la realidad del tercer mundo. Reconoce que todavía existen enormes barreras raciales, religiosas y económicas que constituyen serios obstáculos a la democracia en muchas sociedades en Asia, Africa y América Latina. Afirma que una democracia sólo puede existir en una sociedad relativamente homogénea económicamente. Por lo tanto, muchas sociedades en el tercer mundo son democracias formales, pero no democracias en la práctica. Cita a Howard Wiarda para señalar la existencia de poderosas élites en América Latina que impiden la creación de democracias auténticas<sup>6</sup>. Y concretamente se refiere al Perú como un ejemplo de una democracia en vías de construcción<sup>7</sup>. También, como muchos otros autores norteamericanos, muestra cierta simpatía por el proyecto de Velasco porque «eliminó algunas de las desigualdades más notorias», aumentando así las posibilidades de crear una democracia más equitativa en el futuro<sup>8</sup>. En este sentido, el autor admite que el fin de la historia es una meta a la que va llegando poco a poco el resto de la humanidad. Pueden haber dictaduras de derecha y de izquierda en el camino, pero tarde o temprano las naciones del tercer mundo terminarán escogiendo la democracia liberal como el único sistema que responde a las inquietudes de sus ciudadanos.

Finalmente, Fukuyama analiza los peligros que amenazan la democracia en el presente, pero sobre todo en el futuro. El enemigo principal de la democracia ya no será externo, sino, como lo fue en

---

6 *Ibid.*, p. 87.

7 *Ibid.*, pp. 82, 178, 295.

8 *Ibid.*, p. 180.

tiempos de Grecia y de Roma, interno. Tomando la frase de Nietzsche, Fukuyama se refiere al «último hombre» que vive al final de la historia, pero que ha perdido el sentido de la historia. Es el hombre que no ha tenido que luchar para forjar la democracia, y por eso no la aprecia. Vive sin retos ni metas, sin sueños ni ideales. No tiene una gran misión que cumplir en la vida, y por lo tanto se vuelve pasivo y mediocre. Dicho sea de paso, Fukuyama también reconoce cualidades extraordinarias en las figuras que lucharon para construir los otros sistemas: Lenin y Stalin, por ejemplo. La ley de la mediocridad se aplica en todas las circunstancias en las que los hombres ya no están llamados a luchar o a ser creativos. Pero esta enfermedad será especialmente propia de las democracias homogéneas del fin de la historia. De tal manera que los hombres pueden ser tentados a volver a revivir la historia, buscando pretextos para tener guerras, para sentir la emoción y la gloria de otros tiempos. El reto será cómo canalizar las energías de los hombres en la construcción de proyectos pacíficos y benéficos para la humanidad.

Este pequeño bosquejo basta para dar una idea general del pensamiento de Fukuyama. Ahora, podemos volver a Mariátegui a la luz del autor norteamericano. Resumiremos la comparación en tres puntos: el concepto del hombre; el concepto de la historia; el último hombre y la democracia.

## EL CONCEPTO DEL HOMBRE

Para Fukuyama, el hombre no es un ser meramente económico, sino también psicológico y espiritual. Su deseo más profundo es ser reconocido por otros. Es capaz de arriesgar su vida para conseguir el prestigio. Fukuyama se refiere frecuentemente al concepto platónico de *thymós*, o «ánimo.» El hombre se esfuerza por mejorarse, cambiar su medio ambiente, trabajar para el bien de su nación, porque se siente impulsado por el sentido de su propia dignidad. Fukuyama se inspira en Hegel y su concepto del hombre que se hace más consciente de sí en su lucha para dominar la naturaleza. Y en el proceso también se hace más libre. Para Hegel, la historia consiste fundamentalmente en la evolución de la conciencia y la libertad

humana a través del tiempo. Sobre todo, el hombre se realiza mediante sus relaciones con otros. En la parábola del amo y el siervo, el siervo se esfuerza por realizarse mediante el trabajo y la estima que recibe de otros por su trabajo. Mariátegui parte de una base filosófica parecida. Rechaza los sistemas deterministas y afirma que el hombre es «un animal metafísico»<sup>9</sup>. Mariátegui recurre a Henri Bergson y Georges Sorel para afirmar que existe en cada hombre un «yo profundo» que es la base de la libertad y la creatividad humana. El hombre necesita proyectarse fuera de sí para sentirse realizado. Es, para citar a Bergson, la evolución que se ha vuelto consciente de sí. Es más: los hombres necesitan creer en mitos, que son proyecciones metafísicas que les inspiran a salir fuera de sí y realizar grandes proyectos en la vida. En los dos, Fukuyama y Mariátegui, el hombre es un ser dinámico y creativo, que necesita creer en algo más grande que sí mismo. Esta fe o acto de creer en algo metafísico le inspira a utilizar todo su potencial como ser humano. Creer es crear. Dice Mariátegui: «El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. La historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia superior»<sup>10</sup>.

## EL HOMBRE Y SU PROCESO HISTÓRICO

Mariátegui se basa en Sorel para afirmar que el proletariado no sólo constituye una clase social, sino además una clase social creadora que proyecta el mito de la Revolución Social. El mito de la Revolución, más que los razonamientos puramente racionales, inspira a la clase obrera a luchar para adelantar el día de la gran revolución. Según Sorel, los mitos pueden ocupar el mismo lugar en la conciencia de los hombres que una vez ocupaba la religión<sup>11</sup>. Pero,

---

9 José Carlos Mariátegui, *El Alma matinal*, 4ª ed. Lima, Empresa Editora Amauta, 1972, p. 24.

10 *Ibid.*, p. 24.

11 José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 55ª ed., Lima, Empresa Editora Amauta, 1989, p. 193.

según Mariátegui, el mito del socialismo no anula necesariamente el mito de la religión, porque los mitos surgen del mismo instinto de los hombres de creer en algo superior. De la misma manera en que los hombres, movidos por una gran fe, han levantado civilizaciones y sociedades enteras en nombre de Dios, así también en nombre del nuevo mito levantarán la nueva sociedad socialista. Mariátegui señala que cada sociedad se sustenta en base a una fe apropiada para ese momento. El Incanato se basaba en una fe teocrática, y el proyecto misional de los Jesuitas en Paraguay se inspiraba en su concepto de la primera comunidad de los cristianos. Cuando los hombres dejan de creer en los mitos que dieron origen a sus respectivas sociedades, los hombres y sus proyectos entran en una etapa de decadencia. Mariátegui acepta el materialismo histórico, esto es, la materia que evoluciona dinámica y creativamente en el hombre, más no el materialismo filosófico, que implica cierto determinismo.

Siguiendo el esquema hegeliano, Fukuyama también concibe a la historia como un proceso de creación, de dialéctica y de superación. A diferencia de cierta lectura marxista, sin embargo, no cree que los grandes cambios en la historia necesariamente son el resultado de revoluciones violentas. Pueden ser pacíficas. Efectivamente, el gran cambio más reciente, la caída del comunismo, fue una revolución, con pocas excepciones, pacífica. En este sentido, Fukuyama critica a los pensadores de la *realpolitik*, desde Hobbes a Kissinger, que no creen en la capacidad de los hombres de construir un mundo de paz y de justicia sin armas ni muros de contención. El comunismo cayó, en parte, porque hombres como Gorbachev y Yeltsin se dieron cuenta de que el único camino hacia la modernidad es el de la libertad, la cooperación y la descentralización, no la imposición autoritaria y la rígida planificación estatal. Fukuyama, igual que Mariátegui, cree que estos grandes cambios necesitan alimentarse de grandes visiones utópicas y actos de fe. Fukuyama afirma que la democracia liberal necesariamente tiene que ser secular y no basarse en ninguna religión particular. No obstante, el autor reconoce que la democracia necesita el sustento de una especie de fe o de mística. Dice: «la economía liberal tiene éxito no sólo gracias a la fuerza de los principios liberales, sino que requiere también for-

mas irracionales de *thymós*»<sup>12</sup>. Es decir, los hombres necesitan creer en algo más grande que la ciencia o la economía de mercado para sostener la democracia. Necesitan una fe democrática. En otra parte afirma que «no hay democracia sin demócratas»<sup>13</sup>. A manera de ejemplo, podemos referirnos a lo que otros autores han llamado la «religión civil» que ha surgido históricamente en los Estados Unidos. Esta «religión civil» viene a ser una fusión de protestantismo, catolicismo y judaísmo que ha engendrado a su vez una nueva «religión» norteamericana. Dicha «religión» consiste en rendir culto a la democracia norteamericana y a sus símbolos.

### EL «ÚLTIMO HOMBRE» Y LA DEMOCRACIA

Los hombres que habitan el mundo después del fin de la historia deberían ser «demócratas» que creen orgullosamente en la democracia<sup>14</sup>. Pero si los hombres se convierten en el «último hombre» de que habla Nietzsche, un hombre mediocre, sin fe, sin *thymós*, sin pasión, ya no serán capaces de entregarse a la lucha por una gran causa. Acaso porque ya no habrá grandes causas. Perderán, también, su propia libertad, porque la libertad se alimenta de la misma lucha por la libertad. Dice Fukuyama: «Los más libres son los que luchan por un ideal»<sup>15</sup>.

En Mariátegui aparece una idea muy parecida. El «último hombre» para el Amauta es la burguesía cansada y escéptica que carece de un mito. Una vez tuvo su mito, el de la lucha por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero después de triunfar, la burguesía se convirtió de clase dirigente en clase dominante. Los filósofos de la burguesía son los racionalistas y positivistas que se dedican a criticar los mitos de los demás, pero ellos mismos ya no creen en un mito. Desprecian los mitos de los pobres, pero en el lugar de

---

12 Fukuyama, *El Fin de la historia...*, p. 21.

13 *Ibid.*, p. 193.

14 *Ibid.*, p. 20-21.

15 *Ibid.*, pp. 416-417.

los antiguos mitos religiosos sólo les ofrecen un cielo vacío, sin dioses ni luces de esperanza. En este sentido, Mariátegui llegó a vislumbrar el fin de la historia, porque vio el rostro del «último hombre» en la burguesía sin mito. Entre los rasgos de la época postmoderna Fukuyama señala al escepticismo y al relativismo moral<sup>16</sup>. Estos son exactamente los mismos rasgos que Mariátegui descubrió en la burguesía post-primera guerra mundial.

No obstante, Mariátegui distingue entre el capitalismo europeo y el capitalismo norteamericano. Expresa su admiración por la «economía capitalista vigorosa» de América del Norte que todavía estaba en plena expansión<sup>17</sup>. Admira a los forjadores de aquella civilización: puritanos, judíos y capitanes de industria como Henry Ford. Critica a ciertos autores que creen que la historia se ha reducido a la tensión entre Roma y Moscú. Roma en este caso simboliza dos realidades distintas: la Iglesia católica y el fascismo de Mussolini<sup>18</sup>. En realidad, dice Mariátegui, el nuevo eje de la historia se encuentra entre Nueva York y Moscú. Y concluye: es el capitalismo anglosajón el que dirá la última palabra, no el capitalismo ni el fascismo europeos<sup>19</sup>. En este punto podemos apreciar otra vez una aproximación entre Mariátegui y Fukuyama. Para los dos, mientras exista un espíritu de lucha y de creatividad -el caso de los Estados Unidos o de la nueva Rusia socialista- los hombres serán capaces de realizar proezas heroicas. Por eso Mariátegui critica a los «profetas del progreso peruano» que no toman en cuenta al indio, porque no han entendido que el factor humano es la clave del progreso del Perú<sup>20</sup>. En general, sin embargo, Mariátegui cree que el capitalismo está llegando a su fin. Un signo de ese fin es la concentración del poder económico en los trusts y monopolios, y esta concentración sofoca la vitalidad del mismo capitalismo<sup>21</sup>.

---

16 *Ibid.*, pp. 440-441.

17 José Carlos Mariátegui, *Defensa del marxismo*, 3ª ed., Lima, Empresa Editora Amauta, 1967, p. 30.

18 *Ibid.*, p. 118.

19 *Ibid.*, pp. 118, 129.

20 José Carlos Mariátegui, *Peruanicemos al Perú*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1970, p. 68.

21 *Defensa del marxismo*, p. 33.

## EL FIN DE LA HISTORIA

Ahora podemos resaltar las diferencias entre los dos. Es evidente que para Fukuyama la historia ya ha llegado a su fin. No hace falta otro cambio substancial en la historia; sólo falta extender el reino de la democracia liberal al resto del mundo. Para Mariátegui, en cambio, la historia recién estaba comenzando: el socialismo que acababa de implantarse en Rusia, y el fascismo en Italia, vibraban con la vitalidad de fuerzas nuevas, igual que el capitalismo norteamericano. Mariátegui es un testigo del comienzo de la historia entendida como la confrontación de fuerzas antagónicas; Fukuyama es un testigo del fin del combate. No obstante, podemos notar, como el mismo Fukuyama observa, que el tercer mundo todavía está «en la historia». Y por lo tanto, no todos han llegado al «fin de la historia.» El tercer mundo todavía es, y será durante bastante tiempo, un escenario de rivalidades nacionalistas, tensiones religiosas y confrontaciones ideológicas. Sin embargo, dice Fukuyama, tarde o temprano, estas tensiones tendrán que disminuir y finalmente ceder ante el imán del desarrollo, y el desarrollo pleno sólo se puede alcanzar en la democracia moderna. Por eso, aparentemente, Fukuyama ha tenido la última palabra con respecto a Mariátegui.

No obstante, al resaltar las diferencias entre los dos, también podemos apreciar el hecho de que el mismo Fukuyama comparte ciertas dudas acerca de su propio mensaje. Por ejemplo, el autor norteamericano reconoce y afirma claramente que el precio de la libertad es la aceptación de cierta desigualdad en la sociedad. La libertad no es compatible con la igualdad absoluta. Pero Fukuyama no es un darwinista social. Al contrario, cree en la necesidad de lograr cierta igualdad como condición para establecer la democracia. «Todas las sociedades verdaderamente liberales» -subraya- «están en principio consagradas a la eliminación de las fuentes convencionales de desigualdad»<sup>22</sup>. Pero una vez eliminadas estas «fuentes convencionales» no es posible exigir más sin socavar las bases de la liber-

---

22 *El Fin de la historia...*, p. 390.

tad. Hay ciertas realidades humanas, tales como el ambiente familiar o la cultura, que imponen sus propias leyes de desigualdad. Existe, señala el autor, una ética de trabajo que es fruto de ciertas culturas que inculcan un espíritu de trabajo en la gente. El autor se refiere a la conocida tesis de Max Weber sobre este tema, así como al ejemplo del Japón moderno y otros casos<sup>23</sup>. También existe en algunas sociedades una «cultura democrática» que refuerza el sistema democrático. Necesariamente, afirma Fukuyama, habrá personas y grupos sociales que no serán capaces de alcanzar los mismos niveles en la vida porque no poseen el potencial humano necesario para entrar en el juego de la competencia. Esta desigualdad, que puede ser en los deportes, en lo académico o en lo económico, no es fruto de la «explotación» o de la mala voluntad humana. Es producto del deseo de los hombres de ser reconocidos, es decir, el deseo humano de sobresalir y alcanzar niveles cada vez más altos de perfección en los distintos campos. En breve, el deseo de reconocimiento es más poderoso que el ideal de la igualdad<sup>24</sup>.

Por lo tanto, Fukuyama defiende el sistema capitalista, es decir, la libertad del mercado, como un complemento del sistema democrático y como una consecuencia de la búsqueda de reconocimiento. Aunque el autor no privilegia el factor económico en la historia, reconoce que la creatividad económica viene a ser otra forma de conseguir el reconocimiento. A manera de contraste, nota Fukuyama, el comunismo, con su planificación centralista y burocrática terminó frenando la creatividad, y antes bien, fomentó la mediocridad.

Desde su perspectiva histórica, Mariátegui claramente optaba por un futuro socialista. Sin embargo, podemos preguntar hasta qué punto habría aceptado el experimento de Stalin y otros intentos de imponer el sistema comunista por la fuerza. Porque Mariátegui también resaltaba lo cualitativo en el hombre y en la historia. Defiende

---

23 *Ibid.*, p. 312.

24 *Ibid.*, p. 394.

la lucha por el socialismo como una lucha heroica que requiere a hombres heroicos. Dice: «Una nueva civilización no puede surgir de un triste y humillado mundo de ilotas y de miserables (...)»<sup>25</sup>. También, aunque no desarrolla extensamente el tema, Mariátegui muestra su predilección por un socialismo democrático. Aunque exalta la figura de Lenin, no tuvo tiempo para ver la plena imposición del comunismo bajo Stalin, con los campos de concentración, la liquidación de los kulaks y las purgas. En algunas ocasiones indica que el socialismo es totalmente compatible con la democracia, y no hay que identificar la democracia necesariamente con el liberalismo. Observa complacido que la Iglesia católica había reconocido a la democracia «como un sistema que superaba al liberalismo, y dentro del cual podía desarrollarse una sociedad socialista»<sup>26</sup>. Finalmente, el mismo Mariátegui, en su trato con otros, así como en su apertura a las ideas de otros, se revelaba como un hombre predisuesto a la democracia.

Podemos concluir resaltando la aproximación entre Mariátegui y Fukuyama. Los dos privilegian el espíritu humano sobre lo económico en la historia. El motor de la historia es precisamente el hombre, con su inquietud de superación, su pasión por la gloria y la excelencia, y su capacidad de soñar con grandes ideales. Si Fukuyama favorece el capitalismo liberal, es porque, para él, éste es el camino que conduce a la democracia liberal, y los hombres sólo pueden ser plenamente satisfechos viviendo en la democracia. Si Mariátegui pone su fe en el socialismo, es porque él cree que éste es el sistema que más favorece la realización humana. Los dos pensadores proponen como modelo, no a cualquier hombre, sino al hombre que busca la calidad en la vida. Para Fukuyama la democracia no es posible sin hombres de coraje y de fe. Para Mariátegui, el socialismo no es posible sin hombres «poseídos e iluminados por una creencia superior»<sup>27</sup>. Los dos señalan como el enemigo de sus respectivos sistemas, la burguesía escéptica y cansada, o bien, el

---

25 *Defensa del marxismo*, p. 61.

26 *Ibid.*, p. 120.

27 *El Alma matinal.*, p. 24.

«último hombre», sin fe y sin grandes expectativas en la vida. Con estas observaciones podemos ver que existe una base real para entablar un diálogo entre Mariátegui y Fukuyama. Pero este diálogo no es una mera reedición del debate entre Hegel y Marx, porque Fukuyama es un hegeliano que vive en un contexto no previsto por Hegel, y Mariátegui es un marxista que vive en un contexto no previsto por Marx. Lo que los une es, sobre todo, su convicción de que el hombre se mueve por la fe en algo superior a sí mismo. Tal vez Fukuyama no es tan moderno como parece, o bien, tal vez Mariátegui es más moderno de lo que parece.